

Hasta el siglo XVI imperó en esta última ciencia la doctrina de *Tolomeo*, que suponía á la tierra inmóvil en el centro del universo y girando en torno de ella los demás planetas, entre los cuales se contaban el Sol y la Luna; las observaciones de *Copérnico* mostraron que la tierra es un planeta que gira con los demás alrededor del sol. Tal es la conclusión de su libro «Sobre las revoluciones de los cuerpos celestes» que publicó en 1.540. Es la piedra angular del edificio de la astronomía moderna, que concluyen de tan espléndida manera *Keplero* y *Newton* en los siglos siguientes. Por el mismo tiempo, *Vesalio* en su obra «Construcción del cuerpo humano» [1.543], fundaba la anatomía; su autor, como después *Galileo* y casi todos los sabios, fué condenado á la última pena por la inquisición, pero se la conmutó en una peregrinación al *Santo Sepulcro*, en la cual murió el distinguido anatómico.

La aritmética, la geometría y el álgebra quedaron constituidas, sin recibir nuevos acrecentamientos hasta el siglo XVII. De todos modos, la ciencia, tal como ahora la entendemos, nació del impulso que recibió el espíritu humano durante el *Renacimiento*.

CAPITULO III.

Las Monarquías hasta la Reforma. (1,453.—1,519).

I.—La Monarquía en Francia.

CARLOS VII tuvo la gloria de terminar aquella prolongada lucha entre *Inglaterra* y *Francia* que duraba hacía cien años, expulsando definitivamente á los insulares del territorio francés, de que se habían apoderado, en parte por herencia, en parte por la fuerza, ayudados en su empresa por la división feudal y las rivalidades en-

tre la «casa real de Francia» y el «ducado de Borgoña.»

La funesta costumbre de dividir el dominio real entre sus hijos y que tuvieron los reyes de *Francia* hasta el siglo XIV, hizo que el país llegara á tener hasta seis soberanos, sin contar al que llevaba el título de «rey de Francia.» Todos eran de sangre real, y algunos tenían más de la mitad del territorio nacional, como el «duque de Borgoña,» que era al mismo tiempo «Señor del *Franco Condado*» y de los *Países Bajos*, y por consiguiente, más poderoso que el «rey de Francia.» [1]. La unión de este vasallo con el «rey de *Inglaterra*» había determinado la continua derrota del de *Francia* durante la «guerra de Cien años.» Tan pronto como el «duque de *Borgoña*» ó el «rey de *Navarra*» se negaban á prestar su ayuda al inglés, éste se veía obligado á salir del Continente.

Luis XI pasó los 22 años de su reinado (1,461—1,483) en luchar con los seis ó siete reyes sus rivales, que se dividían el dominio del territorio nacional. La mayor parte de los príncipes y nobles se unieron para prevenir las medidas absolutistas del «rey de Francia,» lo derrotan y lo obligan á concederles cuanto piden en el tratado de *Conflans*. Pero la lucha más peligrosa fué la que sostuvo contra su vasallo *Carlos el Temerario*, «duque de Borgoña,» que estuvo á punto de renovar para *Luis* y para *Francia* los desastres de *Cárlos VI*, á causa de su unión con el rey de *Inglaterra*. Sin embargo, la habilidad de *Luis*, la ineptitud de *Eduardo VI* y la temeridad de *Cárlos*, que aspiraba á la corona de *Alemania*, hicieron que fracasaran del todo estas ligas: el duque fué vencido por los suizos en *Granson* y en *Morat*, y poco después perece en el sitio de *Nancy* (1,477).

Libre el rey de su adversario más poderoso, comenzó á ejercer sus venganzas contra los «Señores,» en provecho de los dominios de la corona: aprisionó al «duque de *Alenzón*,» y mandó decapitar al «conde de *Armagnac*,» al «condestable de *Saint-Pol*» y al «duque de *Nemours*.» En lo único que no pudo salir adelante fué en la sucesión del «duque de *Borgoña*,» de la que no consiguió más que el *Artois* y la *Borgoña*, quedando los *Países Bajos* en poder de *Maximiliano* de *Austria*, casa-

(1) Las otras casas eran: la de Orleans, Alenzón, Borbón, Anjou y Bretaña.

do con la heredera del duque, de donde debía surgir con el tiempo el monstruoso poder de *Carlos V*.

A su muerte, *Luis XI* había unido á los dominios de la corona, además de los pequeños territorios de los «Señores,» (á quienes persiguió y condenó al suplicio), el *Anjou*, el *Maine*, la *Provenza* y el *Rosellón*. Y como la regente *Ana de Beaujeu* (hija de *Luis*) procuró el enlace de *Carlos VIII* con la heredera de *Bretaña*, quedó unido también este antiguo Estado feudal á la «corona de Francia.»

II.—Monarquía en Inglaterra.

MIENTRAS que la *Francia* se unificaba y adquirían sus reyes el poder absoluto, la *Inglaterra* se debatía, consumiendo sus fuerzas en una espantosa guerra dinástica entre la casa de *Lancáster* y la de *York*. Como la primera hubiese perdido casi todas las provincias que conquistaron los *Plantagenet* en el Continente, y como la casa de *York* se creyera con más derecho al trono, usurpado por los *Lancáster*, se suscitó la guerra civil, llamada de las «dos rosas,» [rosa blanca y rosa encarnada que usaban como distintivos las dos familias], guerra desastrosa que duró treinta años [1,455-1,485] y que acabó con la fuerza y poder de la aristocracia, dando origen á la omnipotencia de los reyes.

La casa de *York* triunfó con *Eduardo IV* en 1,471 contra *Enrique VI* de los *Lancáster*; su triunfo fué breve: á la muerte de *Eduardo*, *Ricardo de Gloucester*, se apoderó del trono, degolló á los hijos de su hermano *Eduardo* y reinó con verdadero lujo de crueldad y tiranía, persiguiendo con saña á los miembros distinguidos de las dos casas, y que juzgaba sospechosos. Cansados al fin de esta tiranía, los ingleses favorecieron á un vástago lejano de los *Lancáster*, á *Enrique Tudor de Richmond*, que se había refugiado en *Bretaña*. Cuando desembarcó en *Inglaterra*, todos se apresuraban á filiarse en el ejército de *Enrique*; encontró á *Ricardo* en *Bosworth*, donde lo derrotó, sepultándose el vencido en medio de su derrota. [1,485].

Casi toda la aristocracia inglesa que había arrebatado á *Juan sin Tierra* la «Carta Magna,» pereció en esta

lucha cruel: una de las más sangrientas que registra la «Historia Moderna;» de modo que al terminar, *Enrique VII Tudor* pudo ejercer un poder tan absoluto como el del rey de *Francia* y demás soberanos del Continente.

III.—Progresos de la Monarquía Española.

LOS cuatro reinos cristianos de *España*, (*León*, *Castilla*, *Navarra* y *Aragón*), á pesar de sus discordias intestinas, habían realizado progresos incensantes en la «Edad Media,» sobre todo, desde la unión de los dos primeros (*León* y *Castilla*) con *Fernando III*, (el Santo) en 1,230. (1). El de *Aragón* se había engrandecido lo mismo, hasta el punto de disputar á la «casa de *Anjon*» el dominio de *Sicilia* y triunfar en su lucha contra aquella poderosa casa de *Francia*. (1,282). Ambos reinos, el de *Castilla* y el de *Aragón*, después de muchos intentos, se unieron definitivamente en 1,479 con *Fernando*, heredero de *Aragón*, y *Doña Isabel*, reina de *Castilla*.

La primera empresa de estos «Soberanos» llamados *los reyes católicos*, fue acabar con los restos de la dominación musulmana en *España*, atacando á *Granada*, último baluarte de aquel poder colosal que hiciera estremecer de espanto á la Europa en otras edades. En 1,492, el último rey moro, *Boadil*, abandonaba á *Granada* (2), quedando constituida la monarquía española en toda la península con excepción del *Portugal*.

La monarquía que fundaron los «reyes católicos» fué, durante el siglo XVI, la más poderosa de *Europa*: conquistó el reino de *Nápoles*, se apoderó del de *Navarra*, al mismo tiempo que sus marinos y capitanes exploraban

(1) Sucesión de los reyes de Castilla desde *Fernando III* hasta *Isabel*: *Alfonso X el Sabio*, *Sancho IV el Bravo*, *Fernando IV el Emplazado*, *Alfonso XI el Vengador*, *Pedro I el Cruel*, *Enrique II*, *Juan I*, *Enrique III el Doliente*, *Juan II*, *Enrique IV*, é *Isabel*.

(2) Se refiere que al dejar á *Granada*, *Boadil* volvió la vista á la hermosa ciudad, y no pudo contener las lágrimas. «Haces bien en llorar como mujer,» le dijo su madre *Atsa*, «lo que no supiste defender como hombre.»

y comenzaban la conquista de las islas y tierra firme en el *Nuevo mundo*. Además, el enlace de *Juana*, hija y heredera de los «reyes católicos,» con *Felipe el Hermoso*, hijo de *Maximiliano*, emperador de *Alemania*, condujo á la formación de la más vasta monarquía que hubo jamás en *Europa*.

IV.—Guerras de Italia.

LA Italia á fines del Siglo XV ofrecía un espectáculo singular: las artes y las letras brillaban con esplendor semejante al de *Atenas* en el siglo de *Pericles*; pero su cohesión nacional era nula: estaba dividida en multitud de Estados, de los cuales ninguno tenía fuerza bastante para someter á los demás. En el Sur, el «reino de *Sicilia*» había caído en poder de la «casa de *Aragón*,» después que hubo triunfado de la de *Anjou* (1,285); las ciudades del centro obedecían mal al detestable *Borgia*, que gobernaba la Iglesia con el nombre de *Alejandro VI*: en *Florenzia* (*Toscana*), la familia de los *Médicis* transformaba la brillante república en un principado despótico; *Génova* y *Venecia* continuaban su vida comercial independiente, pero ya en plena decadencia. Por último, los *Sforza* en *Milán* habían reemplazado á los *Visconti*, y *Ludovico el Moro* que usurpó el ducado á su sobrino *Galeazo Visconti*, llamó á los extranjeros, creyendo afianzar su poder con el auxilio de éstos, sin comprender que sus aliados eran tan peligrosos para él como para los demás soberanos de *Italia*.

Dada esta debilidad, y las incurables rivalidades de unos Estados con otros, era natural que la rica península tentara la codicia de las dos poderosas monarquías que acababan de unificarse y constituirse en Occidente, la de *España* y la de *Francia*: ambas tenían á su disposición grandes ejércitos, y una organización vigorosa: ambas, en fin, deseaban dominar en el Continente. La *Italia* no fué más que el campo de batalla en que aquellas dos monarquías se disputaron la superioridad ó hegemonía, esto es, la dirección general de la política europea. La historia del siglo XVI gira al rededor de

la rivalidad de *Francia* y *España*, rivalidad que se complicó singularmente con la «Reforma religiosa» y sus interminables guerras, de que se hablará más adelante.

Las «guerras de Italia» comprenden dos períodos: en el primero, *Carlos VIII*, rey de Francia, pretendió la corona de *Nápoles* como heredero de la «casa de *Anjou*» que la poseyó en el siglo XIII, penetrando en *Italia* con brillante ejército. (1,493). El duque de *Milán*, celoso del soberano de *Nápoles*, favoreció la empresa: la conquista fué rápida, pero efímera; el rey de Francia se vió obligado á abrirse paso por la fuerza contra los Estados italianos que formaron una liga para expulsar al extranjero. (1,495). En el segundo período, *Luis XII*, (hijo y sucesor de *Carlos VIII*) se propuso continuar la obra de su padre, y haciendo valer supuestos derechos al ducado de *Milán*, por su abuela *Valentina Visconti*, primitivos poseedores de aquel ducado, pasó á *Italia* y ocupó sin resistencia á *Milán*. Luego, quiso hacer lo mismo con el reino de *Nápoles*, favorecido por *Fernando*, rey de *España*; pero éste se volvió contra *Luis* y lo expulsó de *Italia*, ayudando al papa *Julio II* en la *liga santa* que limpió de franceses toda la península. (1,513).


Los italianos no ganaron nada con la expulsión de los franceses, puesto que el astuto *Fernando*, ayudando ya á *Luis XII*, ya á los Estados independientes, había logrado establecer más sólidamente que nunca el dominio español; adquirió á *Nápoles* y como ya poseía *Sicilia*, tuvo en sus manos todo el Sur de *Italia*. Después, el engrandecimiento de la monarquía española, por la unión de las coronas de castilla y del «Imperio alemán» en las sienes de *Carlos V*, produjo en 1,527 la caída definitiva de *Italia* en poder de aquel soberano. El gobierno de *Madrid* dictó desde entonces sus órdenes á los príncipes y al papa *Clemente V*; solamente *Venecia* conservó una independencia nominal. [1].

(1) Las guerras de Italia se prolongaron debido á la rivalidad de *Carlos V* y *Francisco I*, según se verá más adelante.

CAPITULO IV.

La Reforma Religiosa.

I.—La Iglesia á fines del siglo XV
y principios del XVI.

 OS «concilios reformadores» de *Pisa*, *Constantanza* y *Basilea*, que pusieron un término á los escándalos del «*gran cisma*,» no lograron purificar la Iglesia de los vicios de que la acusaban, principalmente los pueblos del *Norte*, ingleses y alemanes. La corrupción de los monjes, la ociosidad y riqueza de los preladados, su lujo, su insolencia, tenían disgustados á muchos clérigos y seglares que permanecían fieles al espíritu y á las enseñanzas de la doctrina de *Cristo*; y sólo esperaban una ocasión para protestar contra tanta corrupción y desorden. Estos vicios eran mayores, precisamente donde menos debían serlo, en *Roma*: asiento del «trono pontificio y capital del mundo cristiano».

El Papa daba el ejemplo de inmoralidad y de corrupción; *Alejandro VI* escandalizó á los mismos príncipes de aquella época, con verdadero lujo de crímenes, intrigas, desórdenes y crueldades, que mancharon para siempre la sede pontificia. [1]. *León X*, animado por el espíritu pagano, y la adoración por la cultura antigua, contribuyó con su brillante corte, en la que llamaban dioses á los santos y vestales á las monjas, á desprestigiar al papado, cuya influencia disminuía rápidamente.


La impresión que la corte brillante y mundana de los papas produjo en *Lutero* fué profunda; el monje mismo la describió después en estos términos: «No quisiera

(1) *Julio II* era un guerrero y un patriota, que llevaba coraza y casco y que penetraba en la brecha, como el mejor general; pero carecía del espíritu cristiano. *Clemente V* y *Paulo IV*, no hicieron más que imitarlo; quedando, sin embargo, muy por debajo de su modelo.

ni por mil florines haber dejado de visitar á *Roma*, pues siempre habría temido ser injusto con el papa: los crímenes son allí comunes, la impiedad reina entre los romanos, quienes se burlan de la verdadera religión y de nosotros, verdaderos cristianos, porque creemos en todo lo que dice la *Escritura*. Temen más á *San Antonio* ó á *San Sebastián*, á causa de las llagas que mandan, que á *Cristo*, pues viven en la superstición, sin creer en la palabra de Dios, ni en la resurrección de la carne, ni en la vida eterna.»

Estos eran los sentimientos de un gran número de cristianos en aquella época, de modo que estaban dispuestos á sostener al que se levantase contra *Roma*; la ocasión no debía tardar mucho en presentarse, como sucedió en efecto.

II.—Los Reformadores y sus doctrinas.

 OS principales reformadores en el siglo XVI fueron *Lutero*, *Zuinglio* y *Calvino*; ninguno de ellos tenía cargos elevados en la Iglesia; ni siquiera pertenecían á seglares distinguidos: *Lutero* era monje y doctor de la pequeña Universidad de *Wittemberg*; *Zuinglio* era un cura rural en *Suiza*, y *Calvino* era hijo de un burgués de *Noyón* (Francia). El que dió la señal del rompimiento fué *Lutero* con motivo de una cuestión insignificante: *León X*, el fastuoso Papa de la culta familia de los *Médicis*, necesitaba mucho dinero para la construcción del magnífico templo de *San Pedro*, y encargó en *Alemania* á los *dominicos* concedieran indulgencias á los fieles que diesen limosnas con destino al citado templo. Es doctrina de la Iglesia creer que se puede rescatar la penitencia por medio de las buenas obras, entre las cuales están las donaciones y limosnas para la Iglesia; pero á *Lutero* le pareció opuesta á la *Escritura* esa creencia y atacó duramente la venta pública: el Papa sostuvo al emisario y condenó las ideas del monje. *Lutero* sostenido por los laicos empezó á atacar al Papa y al clero en el curso de una discusión con la «primera dignidad de la Iglesia» [Disputationes theologicæ]; y por último, quemó públicamente en *Wittemberg* la bula de excomunión dictada contra él por el «Sumo Pontífice.»